

UN PANÓPTICO EN EL PACÍFICO

¿Podrías hablarnos de tu educación y de tu ambiente familiar?

Nací en Manila en 1945. Mi padre andaba en el negocio cinematográfico de Filipinas y estaba metido en asuntos de publicidad y espectáculos. Mi madre era cantante y compositora. Ambos estaban interesados en el arte. Mi padre leía mucho. Dice la leyenda que mi padre estaba absorto con Thoreau cuando nació y decidió ponerme Walden; aunque también tengo dos o tres nombres españoles. Mis padres eran ambos hispanohablantes, pero no nos lo transmitieron a nosotros, ya que el inglés era más o menos la primera lengua en nuestra casa cuando yo estaba creciendo. Yo conocía otras dos lenguas filipinas, pero sólo habladas, no escritas. Mi enseñanza estuvo a cargo de los jesuitas, desde el primer año hasta que obtuve mi diplomatura, y mi radicalización inicial no fue sino una reacción contra este sistema educativo conservador: los colegios jesuitas en Filipinas estaban dirigidos básicamente a los hijos de la elite. Yo no provenía de ese ambiente y me resistía instintivamente a aceptar sus estrictos prejuicios de clase, de un modo prepolítico.

¿Era esto antes del desarrollo de la teología de la liberación?

No hubo más que un puñado de gente de la universidad que adoptó posturas radicales durante el primer periodo de la época de Marcos. El sistema de los jesuitas ha sido, en su mayor parte, un productor bastante eficaz de mentes de la clase dominante. Al igual que en América Latina, surgió, en efecto, de algunas de las órdenes religiosas, especialmente de aquellas relativamente más nuevas, tales como los Redentoristas, una capa de cristianos con una perspectiva ligada a la liberación nacional. Pero esto no llegó nunca a predominar entre los jesuitas. Los he conocido a todos y muy pocos de ellos –quizá ocho o diez– se adhirieron alguna vez a una política progresista. Los jesuitas siempre tuvieron una fachada liberal: pero, desde el punto de vista de la educación que proporcionaban y del tipo de gente que producían, eran realmente bastante conservadores.

¿Qué hiciste después de graduarte?

Una educación de clase alta en Filipinas conduce automáticamente bien a una carrera corporativa con las multinacionales, bien al derecho y al gobierno. Yo no quería verme atrapado en ninguna de estas dos posibilidades, por lo menos, no tan pronto. Así que me marché a Sulu y di clases en una escuela superior en Jolo durante cerca de un año. Allí me enzarcé en discusiones con intelectuales musulmanes, gente que a continuación constituiría el Frente de Liberación Nacional Mindanao, en el que también varios estudiantes míos empezaron a participar activamente. Yo compartía su análisis sobre la existencia de una discriminación sistemática contra los musulmanes en Filipinas, aunque puede que no hubiera apoyado una secesión total.

Después de aquello, trabajé durante algunos años como director de publicaciones del Instituto de Cultura Filipina, que había sido fundado por antropólogos de la Universidad de Chicago. Su enfoque era extremadamente empírico, pero sus ideas sobre la estructura social y las pautas de comportamiento filipinas ejercían todavía mucha influencia. Estaban estrechamente ligados a la Agencia para el Desarrollo Internacional estadounidense. En aquella época, un enorme porcentaje de la provisión de fondos provenientes de Estados Unidos para investigación en ciencias sociales provenía de los militares. La gente iba a Filipinas –a lugares como el Instituto de Cultura Filipina– con becas de investigación de la marina estadounidense. Esto era en la segunda mitad de la década de 1960, en los momentos más críticos de la guerra contra Vietnam; sin embargo, los científicos sociales seguían sosteniendo allí que su investigación no tenía aplicaciones militares. Se trató de un momento en el que me políticé intensamente, en lo que respecta a la comprensión de cómo funcionaba el sistema: de que no existía ninguna diferencia en absoluto entre este tipo de financiación y la investigación académica.

¿Era éste el periodo en el que Marcos fue reelegido?

Partí para cursar mis estudios de posgraduado en Princeton justo antes de las elecciones de 1969, cuya campaña fue electoralmente perversa. Eran tiempos extremadamente críticos. En 1970, tuvo lugar en Filipinas la denominada *First Quarter Storm*, con el surgimiento del movimiento estudiantil. Pero fue la lucha de los estudiantes estadounidenses contra la guerra de Vietnam la que realmente me politizó, en el propio Estados Unidos. La siguiente experiencia importante para mí fue la de marcharme a Chile para mi investigación de doctorado en 1972. Me sentía atraído por el camino constitucional hacia el socialismo de Allende y quería estudiar la movilización política en las callampas. Pasé un par de meses colaborando con los comunistas en la organización de las comunidades locales, pero en cuanto llegué me di cuenta de que la correlación de fuerzas ya había cambiado: ahora era la contrarrevolución la que tomaba cada vez más impulso. De modo que acabé reorientando tanto mi trabajo académico

como mis intereses políticos hacia el surgimiento de la reacción en Chile. Algo que, viniendo del Tercer Mundo, no era nada fácil de hacer. Si no eras chileno y tenías la tez morena, se te tendía a identificar con un agente cubano. Esto hizo que me viera metido en líos en más de una ocasión.

La tesis se transformó en un estudio comparativo de la contrarrevolución en Alemania, Italia y Chile. Reconocía el papel de la CIA, pero responsabilizaba igualmente, si no en mayor medida, a las fuerzas de clase nacionales a la hora de explicar la consolidación del bloque antiAllende. La experiencia me proporcionó un sano escepticismo –en una dirección netamente contraria a la de gran parte de la ciencia política estadounidense oficial sobre los países en vías de desarrollo– sobre el papel democrático de la clase media. Podía percibir que se trataba de una capa muy ambivalente.

Para cuando volví a Estados Unidos a defender mi tesis a principios de 1973, Marcos había declarado la ley marcial y la comunidad filipina en Estados Unidos estaba muy alborotada. Fue entonces cuando empecé por primera vez a participar activamente en la política de los exiliados filipinos. Se estaban formando varios grupos. Había un Movimiento por una Filipinas Libre, asociado con el senador Raúl Manglapus, uno de los partidarios de la oposición de la elite a Marcos, que había huido a Estados Unidos inmediatamente después de la declaración de la ley marcial. Varios estadounidenses, algunos de ellos especialistas en la zona, crearon un grupo llamado Amigos del Pueblo Filipino; entre ellos se encontraba Daniel Schirmer, de Boston, que acababa de escribir *Republic or Empire [República o Imperio]*. Yo me dejé atraer por la Union de Filipinos Democráticos –la Katipunan ng Demokratikong Pilipino [KDP]–, que era afín al Partido Comunista de Filipinas y al Nuevo Ejército del Pueblo.

Dada la relación directa existente entre Estados Unidos y el régimen de la ley marcial que usted analizó en aquel entonces en Logistics of Repression [Logística de la Represión]¹, ¿en qué medida la izquierda en sentido amplio en Filipinas percibía su lucha como un movimiento de liberación nacional, más que, simplemente, como una oposición al gobierno militar?

Marcos, desde luego, sostuvo que el creciente movimiento revolucionario constituía su principal motivo para declarar la ley marcial, afirmando que exigía una respuesta dura y centralizada. Su otro pretexto era lo que él denominaba el «estancamiento democrático», es decir, un punto muerto entre la elite tradicional y la izquierda que, según él, impedía el desarrollo. El Partido Comunista de Filipinas había sido refundado en 1968 –al «viejo» PC se le consideraba prosoviético y comprometido sin remedio– y en marzo de 1969 formó el Nuevo Ejército del Pueblo, basado sobre todo en Luzón central y nororiental. Su estrategia era clásicamente maoísta:

¹ Walden BELLO, *The Logistics of Repression: the Role of US Aid in Consolidating the Martial Law Regime in the Philippines*, Washington DC, 1977.

crear zonas liberadas en el campo, tratando a las ciudades como un frente secundario, importantes fundamentalmente para reclutar gente para el Nuevo Ejército del Pueblo. Así pues, cuando Marcos impuso la ley marcial, existía ya una izquierda filipina restablecida y muy activa.

¿Podías regresar a Filipinas después de 1972?

No, cuando intenté renovar mi pasaporte en 1974 o 1975, se me confiscó sin explicaciones. Así que fui realmente apátrida durante varios de los años siguientes. El KDP era entonces el foco central de mi vida. A lo largo de cerca de cuatro años, di clases en la Escuela Superior Municipal [City College] de San Francisco, en la Universidad del Estado de Nueva York y en Berkeley –no con el objetivo de hacerme una carrera académica, sino para sobrevivir. Me había afiliado al Partido Comunista de Filipinas y acababa dondequiera que ellos me enviaran: Nueva York, San Francisco, Washington... Pero también estaba desarrollando un área de análisis y de escritura que no reflejaba automáticamente las prioridades del partido, sino aquello que a mí me parecía importante para comprender lo que estaba ocurriendo realmente. La mayor parte de la izquierda no estaba muy interesada por aquel entonces en el Banco Mundial, pero yo tenía la impresión de que, por toda una serie de motivos estratégicos, era absolutamente crucial. Uno de los mayores proyectos de desarrollo en Filipinas era una central de energía nuclear; esto hizo que me interesara en términos más generales en cuestiones energéticas. En 1979, Peter Hayes, un australiano, Lyuba Zarskey y yo creamos el Instituto Nautilus, para investigar las intersecciones entre energía y política. El instituto existe todavía hoy, pero yo estuve vinculado a él fundamentalmente en la década de 1980, cuando estuvimos elaborando documentación sobre la central nuclear en Filipinas, y luego pasé a estudiar la estructura y los despliegues militares estadounidenses en el Pacífico².

Fue cuando estábamos investigando la cuestión de la ayuda bilateral estadounidense a Marcos cuando nos dimos cuenta de cuánta de esta ayuda se estaba canalizando a través del Banco Mundial. El papel de las instituciones multilaterales –y del banco en particular– en Filipinas hacía que el apoyo estadounidense directo pareciera una nimiedad. Es en este momento en el que nació mi interés particular. No tenía una formación específica en economía; todo era formación sobre la marcha. Descifrar los contornos de esta estrategia de desarrollo global se convirtió en una tarea apasionante y absorbente que finalmente condujo a un libro, *Development Debacle [La debacle del desarrollo]*. Empecé a percatarme de que el proceso tenía una dinámica propia, impulsada por una ideología muy específica.

² Véase Walden BELLO, «Marcos and the World Bank», *Pacific Research* 7, 6 (1976); *Development Debacle: the World Bank in the Philippines*, San Francisco, 1982; *American Lake: Perils of the Nuclear Pacific*, Londres, 1987.

En Filipinas, los años entre 1980 y 1986 estuvieron marcados por una combinación de crisis económica y de disminución de la legitimidad del régimen. El Sur se vio gravemente afectado por la recesión mundial de 1982. Marcos perdió una gran parte de su base local de poder y se fue haciendo cada vez más dependiente del apoyo de las instituciones multilaterales y de Estados Unidos. A finales de la década, el Banco Mundial obligó a Marcos a nombrar un gabinete de tecnócratas para proteger su modelo de libre mercado cada vez más orientado hacia la producción dirigida a la exportación de los expolios de sus compinches. Antes de 1983, el gran miedo de los estadounidenses había sido que la oposición a Marcos pudiera caer bajo la influencia del Nuevo Ejército del Pueblo, dado que la alternativa oligárquica era débil y estaba fragmentada –su principal dirigente, Benigno Aquino, estaba fuera del país– y la izquierda parecía ser ampliamente hegemónica en la resistencia a la ley marcial. Esta situación cambió en 1983, cuando Aquino regresó y fue asesinado. Su martirio reactivó la oposición de la clase media y de la elite, oposición que, gradualmente, pudo arrebatar a la izquierda la iniciativa.

A partir de aquel momento, Marcos se convirtió en una espina clavada para Estados Unidos. No quería abrir el sistema y no aceptaba ninguna de las múltiples sugerencias que Washington le hacía de incorporar a la oposición ilegal a puestos políticos de relevancia. Las tensiones entre ambas partes alcanzaron un punto crítico a principios de 1986, cuando Estados Unidos obligó a Marcos a convocar elecciones y éste las ganó fraudulentamente. Esto se tradujo en un estallido de la resistencia civil de la clase media y de la elite y, a continuación, se produjo un levantamiento con respaldo militar. En Washington, funcionarios como Michael Armacost, oficial del Departamento de Estado responsable de la zona, dieron la alarma cuando Marcos se disponía a bombardear a los rebeldes, y Estados Unidos intervino. A Marcos se le sacó en avión rumbo a Hawai y Corazón Aquino accedió al poder, por aclamación popular. En la práctica, lo que se produjo fue una restauración de la democracia oligárquica en Filipinas. El Partido Comunista de Filipinas, que había boicoteado las elecciones de 1986, arguyendo que no eran más que una fachada para dejar que Marcos permaneciera en el poder, se mantuvo como espectador mientras estos acontecimientos se desplegaban. Éste fue uno de los motivos para la marginación definitiva de la izquierda de la corriente mayoritaria de la vida política en el país.

¿Qué hizo tras la caída de Marcos?

A mi regreso a Manila, me incorporé como profesor a la Universidad de Filipinas. Para entonces, estaba más interesado en trabajar en temas más generales –el papel de las instituciones multilaterales, el modelo de desarrollo asiático, los países de nueva industrialización– que en asuntos específicamente nacionales. Desde finales de la década de 1980, estaba comprometido con una serie de organizaciones –el Philippine Resource Centre

[Centro de Recursos de Filipinas], Food First, Oxfam y Greenpeace— a título individual y no en conexión con el Partido Comunista de Filipinas. No es que estuviera desilusionado en un plano general, pero me parecía que la izquierda en el archipiélago había perdido contacto con la realidad tanto local como mundial. La purga protagonizada por el Nuevo Ejército del Pueblo a mediados de la década de 1980, durante la cual éste ejecutó a muchos de sus propios militantes, preso del pánico a la infiltración por espías del ejército —escribí sobre ello—, me hizo cuestionar varios de los supuestos filosóficos del movimiento, acerca de la clase y del individuo³. Su error de cálculo con respecto a las elecciones de 1986 hizo asimismo profunda mella en mí.

¿Fue en esta fase en la que fundó Focus on the Global South [Foco sobre el Sur Global]?

Queríamos crear un instituto que estudiara los asuntos económicos, políticos y ecológicos asiáticos, ligándolos a un marco más general. Establecimos su base en Bangkok, en parte por motivos de coste y en parte porque las condiciones para la investigación y el análisis que había allí no podían encontrarse en ninguna otra parte en Asia. Además, las ONG filipinas tienen, lógicamente, el don de absorber a la gente en temas locales, cuando lo que nosotros queríamos era concentrarnos en un trabajo regional y global. Mi examen de los modelos de desarrollo y de otros patrones de dominación del Banco Mundial me había hecho ser cada vez más consciente de que no sería posible desafiarlos exclusivamente a escala nacional. Ya se tratara de oponerse al ejército estadounidense o al Banco Mundial, o al FMI, o a las corporaciones multinacionales, era crucial empezar a crear lazos transregionales. Cuando el movimiento en Filipinas logró —ayudado por varios factores contingentes— que las bases estadounidenses se cerraran a principios de la década de 1990, varios de nosotros advertimos que, a menos que cambiáramos la ecuación militar en la región, la victoria no duraría mucho tiempo. No hubo ningún cambio en este sentido y hoy las tropas estadounidenses están de vuelta en Filipinas, y esta vez de verdad. Los movimientos nacionales, por importantes que sean, tienen que combinarse con la creación de movimientos regionales y globales. Los paradigmas tradicionales de solidaridad internacional ya no son apropiados en la situación actual.

¿A quién más persuadió para que participara en Focus on the Global South?

Kamal Malhotra, de India, era mi codirector. La gente que nos ayudó a establecernos en Bangkok eran especialistas tailandeses, como Suthy Prasartsert, que hizo una contribución intelectual muy importante. También estábamos en contacto con el movimiento coreano y con gente como

³ Walden BELLO, «The Crisis of the Philippine Progressive Movement», *Kasarinlan* 5, 1 (1992).

Muto Ichiyo en Japón. No pocos de ellos han entrado en la junta directiva de Focus, que hemos intentado hacer lo más diversa posible. En cuanto a lo que dice el nombre, aunque partimos de cuestiones asiáticas y de la región del Pacífico, nuestro horizonte siempre fueron las pautas de dominación y resistencia globales.

Respecto a la terminología: ¿ves problemas en definir, o en reivindicar, palabras como Sur y Norte o desarrollo y globalización, que las instituciones internacionales utilizan con frecuencia de forma mistificadora?

Espero que Focus no haya contribuido a esto. Siempre hemos sido escépticos respecto a la palabra *desarrollo*: desarrollo capitalista sería una expresión más clara; nosotros solemos hablar de «globalización impulsada por las corporaciones», ligándola a las dinámicas del capitalismo mundial. Al principio, me opuse de lleno a utilizar la palabra *globalización*; la gente andaba lanzándola aquí y allá de un modo tan retórico que oscurecía las auténticas fuerzas de clase implicadas. De hecho, todos estos términos tienden a emplearse de formas demasiado laxas. Quedé horrorizado cuando Oxfam calificó a algunos de sus aliados de «globófobos», tergiversando todo aquello por lo que estaban luchando. Por lo que se refiere a *Norte y Sur*, una distinción entre los países avanzados, superindustrializados, y el resto del mundo –o entre el centro de la economía capitalista global y su periferia– es claramente válida. Al mismo tiempo, las relaciones de desigualdad de tipo Norte-Sur se reproducen dentro del propio Norte, mientras que hay elites del Tercer Mundo en el Sur cuyos intereses económicos y estilos de vida están muy integrados con el Norte. De modo que hemos intentado declinar estos términos de forma más matizada.

¿Podrías describir las actividades de Focus?

Nuestro trabajo viene dictado por las prioridades de la lucha global. El comercio es nuestro eje principal. Las relaciones comerciales internacionales y organizaciones como la OMC se han vuelto tan centrales para la estructuración de la economía global que exigen una atención especial. Las «cuestiones de seguridad» constituyen un segundo eje: se trata de rastrear las pautas incipientes de hegemonía militar y política estadounidense, especialmente en la región de Asia y el Pacífico y de ayudar a construir resistencia. También estudiamos los modos en los cuales las elites locales –globalmente, así como, de forma más específica, en Asia sudoriental– se integran en el sistema estratégico. Una tercera área es la sociedad civil. Examinamos las diferentes facetas de las organizaciones populares que ésta alberga, su tremenda contribución potencial a la democratización, pero también su fuerte tendencia a verse cooptadas y a imponer su propia agenda en movimientos más amplios. Por último, estudiamos el papel de las ideologías. Muchas de las conceptualizaciones ultrasimplistas del islam difundidas por la CNN y por otras cadenas por el estilo están viéndose ingenuamente reproducidas por gente en el Sur. Queremos adoptar una perspectiva más crítica sobre los distintos aspectos de la revitalización

de la religión islámica. Sin olvidar sus múltiples elementos retrógrados, tenemos, con todo, que preguntarnos: ¿por qué ha estado en la vanguardia de la lucha contra Estados Unidos? Pero el «fundamentalismo» musulmán no es el único que tratamos, sino que también estudiamos sus versiones hindúes y cristianas. Con todo, las dos instituciones clave sobre las que siempre volvemos son la OMC y el Pentágono. Una de nuestras críticas al movimiento contra la globalización de las corporaciones es su tendencia a desligar la lógica económica de las multinacionales y de la OMC del dominio militar estadounidense. Debemos comprender cómo ambos se conectan, lo cual supone también intentar reunir dos movimientos distintos.

En términos más concretos, gran parte de nuestro trabajo de investigación y análisis se da a conocer en publicaciones de Focus. Echa un vistazo a nuestro sitio *web* –www.focusweb.org– y verás el alcance de lo que hacemos. Organizamos conferencias, en particular sobre temas financieros, comerciales y militares. Trabajamos para reunir a los movimientos globales –sobre todo, los movimientos por la paz y las campañas contra la globalización de las corporaciones–. Estamos también metidos en lo que los burócratas llaman una función de «capacitación». El gobierno vietnamita entró en contacto con nosotros para hablar de si debería ingresar o no en la OMC. Le dimos muchísima información técnica sobre la organización que demostraba cómo y por qué sería un desastre que lo hiciera. Una de nuestras tareas es mantener informadas a las comunidades de base y a las organizaciones nacionales, incluidos algunos gobiernos, sobre el funcionamiento de las instituciones globales. Al hacerlo, llegamos a enterarnos de un montón de iniciativas interesantes de las bases populares. Por ejemplo, en Tailandia se han hecho intentos de prescindir del sistema monetario nacional; la gente ha establecido sus propias monedas comunes en algunas de las regiones. También en Argentina y en Chile se están improvisando sistemas de trueque que proporcionan a la gente local más control sobre el comercio. En este tipo de trabajo, se produce un proceso de aprendizaje en doble dirección.

¿Cómo os financiáis?

Tenemos más de veinte proveedores de fondos, entre los que se encuentran ONG europeas, como NOVIB, Oxfam e Inter Pares, y Development and Peace en Canadá. También recibimos algo de dinero de la Fundación Ford y de otros grupos a partir de proyectos concretos. Tenemos varios principios al respecto. En primer lugar, diversificamos nuestras fuentes de financiación: nunca debería provenir más del 20 por 100 de una sola fuente, para garantizar nuestra autonomía y para asegurarnos de que no hacemos depender nuestra supervivencia exclusivamente de uno o dos proveedores de fondos. En segundo lugar, debemos asegurarnos de que la donación de fondos no supone compromiso alguno. En tercer lugar, nada de fondos del Estado estadounidense. En cuarto lugar, en el caso de otros gobiernos e instituciones, nuestra junta estudia siempre las pro-

puestas caso por caso. Hasta el momento, ha funcionado bastante bien. Por ejemplo, aunque recibimos mucha financiación de Oxfam y respetamos muchos aspectos de su trabajo, nuestras normas del 20 por 100 y de nada-de-compromisos nos han permitido ser muy francos en nuestras críticas a su campaña por el acceso a los mercados y a su último Informe sobre el Comercio, que sostiene que es el acceso de los países del Sur a los mercados del Norte lo que constituye el problema crítico del régimen de comercio global.

¿Cuáles son tus diferencias al respecto?

No estamos de acuerdo en que el acceso a los mercados sea la cuestión clave: plantearla como tal implica en realidad apoyar el paradigma de crecimiento orientado a la exportación y presuponer un *quid pro quo* de mercados abiertos en el Sur. Por otro lado, la campaña de Oxfam desvía activamente al movimiento de problemas mucho más importantes. La prioridad principal en estos momentos es oponerse a la presión de la OMC por conseguir un mandato más extenso. En su agenda actual figura la consolidación de las concesiones arrancadas a los países en vías de desarrollo en Doha, que pretende hacer de la quinta ronda en México el próximo año un trampolín para ampliar la esfera de acción de la OMC, incluyendo inversiones, regulaciones públicas y políticas de competencia, una expansión cuyas dimensiones rivalizarían con la Ronda de Uruguay. Es en esto en lo que deberían estar concentrándose los que se oponen al neoliberalismo: incrementar la presión nacional sobre las verdaderas áreas de conflicto dentro de la OMC, exacerbar las diferencias sobre los aranceles de hierro y sobre las subvenciones a la agricultura. La exigencia formal de consenso en el seno de la OMC constituye una debilidad que deberíamos intentar explotar, significa que las conversaciones pueden fracasar. En este sentido, *The Economist* está en lo cierto: la globalización impulsada por las corporaciones es reversible.

¿Cómo resumirías tu propia crítica a la OMC?

La OMC es una organización opaca, ni representativa ni democrática y nada transparente impulsada por una ideología partidaria del libre mercado, y allí donde sus recetas –liberalización, privatización y desregulación– se han aplicado a lo largo de los últimos veinte años para reorganizar las economías del Tercer Mundo no han hecho sino generar mayor pobreza y desigualdad. Éste es el primer punto: la puesta en práctica de los dogmas neoliberales conduce a un sufrimiento mayor. En segundo lugar, la OMC no es un organismo independiente, sino un representante de los intereses estatales y corporativos estadounidenses. Su desarrollo ha estado estrechamente vinculado a las necesidades cambiantes de Estados Unidos, que ha pasado de apoyar un GATT débil a promover una robusta OMC como sociedad nominalmente multilateral con normas de estricto cumplimiento. Ni la Unión Europea ni Japón eran especiales partidarios de la OMC cuando ésta se fundó, por orden de la administración Clinton. El

Estado estadounidense es muy flexible en el modo de perseguir sus fines, ya que puede ser multilateral cuando quiere y unilateral al mismo tiempo. El talón de Aquiles de la OMC es su estructura secretista, nada democrática y oligárquica de toma de decisiones. Ahí es adonde deberíamos apuntar.

¿Qué propondrías como alternativa positiva al régimen de la OMC?

Lo que pedimos es una desglobalización, y esperemos que el término no contribuya a la confusión; con todo, creo que es un término útil. Si se tiene una institución centralizada que impone en todo el mundo un modelo tipo tamaño-único-vale-para-todos, ésta elimina el espacio para que los países en vías de desarrollo determinen por sí mismos sus estrategias económicas. El uso de una política comercial propicia para la industrialización está actualmente prohibido por la OMC. Sin embargo, si se examina la experiencia de los países recientemente industrializados –digamos América Latina durante las décadas de 1960 y 1970–, la razón por la cual fueron capaces de alcanzar un mínimo de desarrollo capitalista fue precisamente porque dispusieron de ese espacio de maniobra. Creemos que hay que debilitar, si no eliminar por completo, a la OMC y a otros organismos similares. Al mismo tiempo, se debería reforzar otras instituciones internacionales tales como UNCTAD –la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, que estaba funcionando razonablemente bien hasta que la OMC retiró el suelo bajo sus pies–, al igual que organizaciones regionales como MERCOSUR, que tiene el potencial de convertirse en un bloque eficaz de sustitución dirigida localmente de las importaciones. Hay que crear, asimismo, instituciones financieras regionales. Si hubiera existido un Fondo Monetario Asiático en 1997 y 1998 –cuando todos los países de la región lo promovieron–, el curso de la crisis financiera asiática hubiera sido distinto. Por el contrario, Rubin y Summers echaron abajo la idea, en tanto que suponía un desafío a la hegemonía del FMI.

Desde un punto de vista global, pues, exigimos una descentralización mayor, un pluralismo mayor, más mecanismos de equilibrio de poderes. En un orden menos globalizado, los grupos de base y los movimientos populares disfrutarían de una posición más fuerte a la hora de determinar las estrategias económicas. En estos momentos, las elites locales siempre pueden decir «no tenemos más elección que la de seguir este rumbo; si no lo hacemos, el FMI o la OMC dictaminarán que nuestra política es proteccionista». Focus on the Global South no está en contra del comercio; gestionado adecuadamente, un incremento de las importaciones y de las exportaciones podría ser positivo. Pero, en el Tercer Mundo, el péndulo se ha inclinado tanto en la dirección de la producción orientada a la exportación que realmente precisa de una corrección que lo reconduzca hacia el mercado nacional, ya que el equilibrio entre ambos se ha perdido en el impulso por internacionalizar nuestras economías. Sólo podremos recuperarlo si estructuramos el comercio, no a través de las normas

partidarias a ultranza del libre mercado propugnadas por la OMC, sino en función de prácticas negociadas entre diferentes grupos, con intereses dispares. La desglobalización no implica una aceptación acrítica de las organizaciones regionales existentes. Muchas de ellas no son más que avanzadas de la economía globalizada, mercados comunes controlados por los tecnócratas locales y las elites industriales. Otras podrían sostener un programa de desarrollo auténticamente regional.

¿Qué supondría la desglobalización para las finanzas?

El carácter desregulado de las finanzas globales ha sido responsable de gran parte de la inestabilidad que ha sacudido nuestras economías desde finales de la década de 1980. Definitivamente, necesitamos controles de capitales, tanto a escala regional como local. En diferentes sentidos, las experiencias de Malasia, Chile y China han demostrado todas su eficacia. Lo que hace falta es un mecanismo monetario asiático que no sólo apoye a los países cuyas monedas se vean atacadas, sino que empiece también a proveer la base para un control regional. Por lo que respecta a una autoridad monetaria mundial, soy muy escéptico acerca de su viabilidad como forma de control de las finanzas globales, dado que estas estructuras centralizadas resultan actualmente demasiado permeables a las potencias mercantiles existentes, en especial a los grandes bancos centrales. No me parece que una institución de este cariz pueda proporcionar una defensa efectiva de los intereses de los países del Tercer Mundo. Nunca he creído que el acceso al capital extranjero constituya el factor estratégico para el desarrollo, aunque pueda ser un elemento suplementario. De hecho, nuestras elites locales –por mucho que estén atrapadas en el orden internacional existente– tienen, por regla general, reservas enormes de capital. El problema es si los gobiernos de la región tienen la capacidad de imponer a estas elites controles de capitales. Lo mismo puede decirse de los regímenes tributarios, que en el sudeste asiático son muy retrógrados. No cabe duda de que la riqueza de estas elites debería estar sometida a un sistema impositivo adecuado.

¿Qué tienes que decir respecto a la reforma agraria?

La distribución de la tierra sigue siendo una cuestión central. Uno de los motivos por los que el Banco Mundial pudo ejercer presión con tanto éxito en pro de una producción orientada a la exportación durante la década de 1970 y obtuvo un respaldo tan firme de las clases dirigentes y de los tecnócratas locales fue lo reducidos que eran los mercados en los países en desarrollo a causa, precisamente, de una distribución de la renta y de los activos extremadamente desigual. Las elites vieron en la priorización de las exportaciones una vía de escape de la trampa que suponía la existencia de unos mercados locales contraídos, que ataba así nuestra industrialización al gran mercado exterior. Era una forma de eludir la enorme reforma agraria que hacía falta para crear –en términos keynesianos– el poder adquisitivo local que podría impulsar un proceso autóctono de industrialización. Así pues, la reforma agraria constituye una necesidad

en toda Asia, así como en América Latina, por motivos tanto sociales como económicos.

A partir de Seattle, se ha hecho evidente que hay una falla crítica en el seno del movimiento entre aquellos activistas y organizaciones, básicamente del Norte, que se agrupan en torno a una combinación de cuestiones medioambientales y ligadas a los derechos laborales –la postura que usted describe como proteccionismo verde– y aquellos en el Sur que consideran el desarrollo, en un sentido mucho más amplio, como la prioridad principal. Evidentemente, sería iluso pensar que estas dos perspectivas podrían encajar sin dificultades. Sin embargo, si se quiere que el movimiento progrese, ¿no tendrían estas tensiones que negociarse y resolverse de algún modo?

La falla es real, aunque haría notar que existen grandes puntos de acuerdo entre movimientos del Norte y del Sur: una crítica compartida de las multinacionales y del capital global y una percepción común de que los ciudadanos tienen que desempeñar un papel más enérgico a la hora de poner freno a las leyes del mercado y del comercio. El hecho de que gente de ambas tendencias pueda juntarse en coaliciones y trabajar sobre toda una serie de puntos es la muestra de la fuerza de estos intereses coincidentes. No obstante, creo que hay que elaborar más la cuestión laboral. Nosotros éramos muy críticos con el modo en el que los sindicatos en Estados Unidos –y, en gran medida, en Europa, a través de la CIOSL– sostenían que la OMC se fortalecería si aceptaba las reivindicaciones de aranceles y derechos laborales⁴. Desde nuestro punto de vista, no deberían estar pidiendo una OMC más fuerte. Se trata de una reacción muy corta de miras. Bajo una retórica superficial sobre los derechos humanos en el Sur, constituye éste un movimiento esencialmente proteccionista, dirigido a salvaguardar los puestos de trabajo en el Norte. Cuando nosotros planteamos esto de forma fraternal, se ponen muy defensivos al respecto. Acabemos con la hipocresía, decimos nosotros: claro que deberíamos luchar por los puestos de trabajo de los trabajadores del Norte, pero de un modo que apoye a los movimientos obreros en todas partes; no de tal forma que protejamos un sector y dejemos al resto de lado. Tenemos que elaborar estrategias a largo plazo para responder ante la forma en la que el capital está reestratificando a la clase trabajadora en todo el mundo, una división en la que a cientos de millones de trabajadores rurales les toca la peor parte. Las dinámicas del capital global están creando una vasta infraclase [*underclass*], que no está recibiendo ningún apoyo de los sindicatos del Norte. Es sobre este punto sobre el que tenemos que concentrar nuestra estrategia, en un poderoso y visionario esfuerzo por organizar a la clase trabajadora mundial. Hasta el momento, la respuesta que se ha dado en el Norte –en especial, la de los sindicatos– ha sido una respuesta muy defensiva, que se escondía tras la máscara de los

⁴ CIOSL: Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres.

derechos humanos. Nos produce un profundo malestar cuando, en estas polémicas, se otorga el papel de antimedioambientalistas y antiobreros a gente de nuestros países que ha apoyado con firmeza los derechos de los trabajadores y que se ha opuesto activamente a políticas de desarrollo perjudiciales para el medio ambiente.

El acceso a los mercados no es el problema central, pero es *un* problema. Existe una tendencia en el Norte –aunque no todas las organizaciones verdes caigan en ello– a utilizar los criterios medioambientales para vedar bienes de los países en vías desarrollo, ya sea por motivo del propio producto o debido a los métodos de producción. El resultado no es sino una forma de discriminación. Tenemos que encontrar una solución más positiva al respecto. Nosotros hemos exigido un Plan Marshall global –plan en el que los grupos medioambientales participarían activamente– para modernizar los métodos de producción del Sur y acelerar la transmisión de la tecnología verde. El énfasis debería ponerse en el apoyo a organizaciones verdes autóctonas en los países en vías de desarrollo y a este tipo de transmisión tecnológica positiva, en lugar de en las sanciones. Las sanciones son algo demasiado fácil, ya que apelan a los intereses defensivos y proteccionistas que incluso algunas organizaciones progresistas del Norte han apoyado. Es una verdadera lástima que el movimiento obrero estadounidense haya adoptado esta postura hipócrita, diciendo que siente verdadera preocupación por la gente en China, cuando, en la práctica, sus objetivos son bastante egoístas. Si podemos ir más allá de este tipo de simulaciones y entablar un diálogo, en el plano de los principios, sobre los intereses de la clase trabajadora global en su conjunto, estaremos avanzando.

¿En qué medida considera el Foro Social Mundial de Brasil como un espacio representativo en el que estas diferencias pueden, no sin esfuerzo, negociarse?

Cuando se mencionó por primera vez la idea de un foro mundial, Focus fue una de las organizaciones que dio inmediatamente su total apoyo. Lo que los brasileños estaban proponiendo era un espacio seguro en el que la gente del movimiento pudiera juntarse a afirmar su solidaridad mutua. Éste constituyó un elemento muy importante del primer Foro Social en 2001. Después de Seattle, se percibía con fuerza la necesidad de hablar de alternativas. Creo que se hizo un verdadero esfuerzo por integrar a gente de movimientos del Sur, tanto en el seno de la estructura organizativa como en las mesas redondas, aunque tal vez esto no se consiguiera en todos los espacios. Desde el comienzo, se introdujo a Vandana Shiva y a otras personas del Sur, no de forma paternalista, sino de modo que pudieran hacer auténticas sugerencias sobre quién debería estar allí. Es cierto que *Le Monde Diplomatique* y ATTAC desempeñaron un papel importante a la hora de sacar adelante el foro y que el apoyo de la administración estatal del PT fue absolutamente crucial. Pero aunque ATTAC y *Le Monde Diplomatique* siguieron siendo actores imprescindibles en el segundo

Foro, tuvieron un papel mucho menos central. Si acaso, fueron las ONG, los grupos de la sociedad civil y el PT brasileños los que constituyeron no el actor dominante, pero sí la fuerza motriz. Algo muy positivo que se ha hecho desde el primer Foro Social ha sido crear un comité internacional, en el que pueden discutirse cuestiones de representación regional. Sin embargo, la mayor parte de los participantes del Tercer Mundo todavía son latinoamericanos y hace falta introducir a africanos y a asiáticos en el proceso –que es el motivo por el cual los propios brasileños han propuesto que el próximo foro podría celebrarse en India.

Es cierto que, en muchas de las mesas redondas, los principales ponentes, personajes como Noam Chomsky e Immanuel Wallerstein, provenían del Norte. Pero no pongo objeciones al respecto, porque nos hemos beneficiado increíblemente de su trabajo. Otras figuras como Rigoberta Menchú y Samir Amin también jugaron un papel central. Nos hace falta más gente del Sur, éste es un proceso en desarrollo. Pero la verdadera función del Foro es la de disfrutar de un espacio, cada uno o dos años, en el que poder juntarse e intercambiar puntos de vista, en un ambiente fuera de peligros –no sólo en una manifestación de protesta más–. El énfasis principal debería ponerse ahora en desarrollar la batalla de ideas en el FSM. Éste no debería convertirse en un festival del amor en el que la gente con posturas diferentes finge estar toda de acuerdo. Es preciso que vayamos más allá de esto, que afinemos nuestras ideas sobre cuáles serían las alternativas, en lugar de acomodarnos en una coexistencia pacífica.

¿Se atrevería a prever un momento en los próximos cuatro o cinco años en el que el FSM pudiera llegar a organizar actuaciones colectivas? Hasta ahora, hemos visto enormes protestas aisladas en determinados lugares como Seattle, Praga, Washington... Pero hay otro nivel más allá de esto, de sincronización de campañas globales sobre temas específicos. ¿O significaría esto un grado excesivo de coordinación centralizada?

No creo que el FSM esté estructurado para este tipo de cosas. Lo que ha intentado hacer principalmente es reunir a la gente para hablar de alternativas y afirmar su sentido de solidaridad mutua y sería muy difícil convertirlo en una organización de lucha según los criterios, pongamos, de Nuestro Mundo No Está en Venta [Our World Is Not For Sale]⁵. Tiene que ser un foro que incluya a todo el mundo, en el que gente que tal vez no coincida en factores estratégicos de nivel medio, pueda, no obstante, seguir viniendo y disfrutando de un debate bueno y clarificador. Lo que yo desearía es que todos estos movimientos y coaliciones diferentes sientan que es suficientemente incluyente como para proporcionar un espacio anual o bienal en el que poder hablar de tácticas y estrategias, no sólo de ideas sobre cuáles serían las alternativas. Es en las coaliciones, un

⁵ Más información sobre Nuestro Mundo No Está en Venta en <http://www.ourworldisnotforsale.org/> [N. de la T.].

escalón por debajo del Foro Social, donde se negociarán, no sin esfuerzo, las estrategias propiamente dichas. La coalición Nuestro Mundo No Está en Venta está en estos momentos encabezando una iniciativa que pretende desbaratar la próxima reunión del gabinete de la OMC. Cincuenta Años Bastan [Fifty Years Is Enough]⁶, que también desempeñó un papel clave en el FSM, se está organizando contra el FMI y el Banco Mundial. La campaña contra las condiciones de trabajo inhumanas [*sweatshops*] y contra Nike es muy dinámica y podría presentarse como la principal red contra las corporaciones. El movimiento contra la guerra está renaciendo. Son estas coaliciones, y no el FSM, las que podrían constituir el eje de un *trust* de cerebros sobre estrategias globales.

Hablas de un Foro Social Mundial que incluya a todo el mundo, pero ¿no se corre así el riesgo de sufrir la misma suerte que el Movimiento de los No Alineados, en el que los nobles objetivos originales de la Conferencia de Bandung acabaron degenerándose hasta el extremo de tener a Subarto y a otros de la misma calaña codeándose con otros dirigentes que estaban intentando verdaderamente mejorar el mundo, convirtiéndose así en un espectáculo sin sentido? Los peores de estos carniceros siempre aparecen, aprovechando la ocasión de mejorar sus credenciales tercermundistas. Mutatis mutandi, este último Foro Social estaba aderezado con todo tipo de políticos de centroizquierda de Italia, Francia y otros países que habían aclamado fervorosamente, con el pretexto de la guerra contra el terrorismo, el ataque contra Afganistán.

Sí, coincidiría plenamente en que esto constituye un peligro. Varias de las personas que acudieron a Porto Alegre estaban allí exclusivamente para airear sus credenciales progresistas, aun cuando en su país estuvieran desempeñando un papel funesto. Al mismo tiempo, creo que el Foro se hará más selectivo a la hora de determinar a quién invita. Con los que sencillamente aparecen, la cosa es más complicada. Pero no pocos de estos políticos se quedaron sin que nadie les pidiera que hablaran. Algunos funcionarios del Banco Mundial llegaron y *exigieron* una tribuna, y se les dijo: «No. Pueden hablar en cualquier otra parte del mundo, pero éste no es su espacio». Entonces, su portavoz salió y dijo *The Economist*, «Se me ha vetado, esto es una denegación de la libertad de expresión». Así que, naturalmente, *The Economist* lo recogió.

Existe otro desafío: cómo mantener la independencia respecto a los partidos políticos oficiales. Actualmente, el centro de gravedad del Foro sigue descansando en los movimientos sociales y pese al destacado papel que ha desempeñado el PT, no ha intentado introducir a partidos políticos de orientación similar. Pero ahora está el peligro de que los viejos partidos socialistas y de centroizquierda estén escudriñando el FSM y preguntándose cómo pueden cosechar un vergel tan rico de organizaciones

⁶ Más información sobre Cincuenta Años Bastan en <http://www.50years.org/> [N. de la T.].

de base. En varios lugares, se está asistiendo a intentos de crear foros sociales con grupos políticos de tipo más tradicional a su cargo.

¿Cuál ha sido el efecto del 11 de septiembre en el movimiento en su conjunto? La prensa económica ha declarado, triunfalmente, que se trataba de un golpe mortal para la campaña antiglobalización, en la medida en que demostraba que la demagogia anticapitalista conduce siempre a protestas violentas en las calles, las cuales llevan directamente al terrorismo; ahora, afortunadamente, el 11 de septiembre ha hecho que la gente piense en las consecuencias de lo que estaba haciendo. Muchos activistas estaban, en efecto, muy desorientados o abatidos, en parte por el modo en que la guerra contra el terrorismo capturaba la atención general, pero también por el hecho de que el propio movimiento no estaba bien pertrechado para darle una respuesta. Usted aludía antes a la desconexión entre la campaña contra la globalización impulsada por las corporaciones, que fijaba a las multinacionales como enemigo, y el diseño de estructuras y despliegues militares del Estado estadounidense, que algunos creen una cuestión divisora que es mejor mantener alejada de la agenda del movimiento. Así pues, tal vez el movimiento no tenía los recursos para una respuesta inmediata, al verse enfrentado a esta realidad. ¿Cuál ha sido la gravedad del revés que ha supuesto todo esto?

El impacto inicial fue extremadamente desorientador, en especial cuando el Banco Mundial y el FMI suspendieron su reunión de aquel mes en Washington, algo que les encantó hacer. Gracias a Al Qaeda, se las arreglaron, a continuación, para hacer caso omiso tanto de las protestas de las bases populares como de las dudas de los países en vías de desarrollo y consiguieron, con todo tipo de presiones, que se aprobase la declaración de la OMC en Doha, cuando anteriormente había un 50 por 100 de posibilidades de haberla podido parar. Es innegable que esto constituyó una derrota. Al mismo tiempo, se han producido algunos desarrollos compensatorios. En primer lugar, Enron saltó por los aires; no se debería subestimar el papel de deslegitimación que jugó esto, a la hora de bajar los humos al triunfalismo y a la ofensiva ideológica que siguieron al 11 de septiembre. En segundo lugar, ha estado la crisis todavía en curso en Argentina, una catástrofe social y económica provocada por el neoliberalismo. Ambos acontecimientos han vuelto a hacer saltar la llama de un escepticismo generalizado sobre el proyecto globalizador de las corporaciones. En tercer lugar, ha estado la propia actuación de Estados Unidos. El Pentágono todavía no ha conseguido detener a Bin Laden y se está expandiendo demasiado en zonas de las que le será difícil a Estados Unidos salir. La entrada en Irak creará problemas aun mayores.

Dadas las tensiones en Asia del Sur y el conflicto en Oriente Próximo, cabe sostener que la situación estratégica de Estados Unidos es probablemente peor de lo que lo era antes del 11 de septiembre, precisamente a causa de esa expansión excesiva. La respuesta estadounidense ha servido para fortalecer las tendencias fundamentalistas islámicas, en lugar de

para reducirlos. Mahathir y Musharraf están haciendo lo imposible por Estados Unidos, pero se está abriendo un gran abismo entre estos dirigentes y sus poblaciones. Por último, creo que se ha producido una evolución en el papel de muchos de los grupos contra la globalización de las corporaciones, que ahora están empezando a enfrentarse a cuestiones ligadas a la guerra y al militarismo. En el último conflicto en Palestina, tuvimos a un buen número de personas que intentaron abrirse paso a través de las líneas de fuego israelíes.

En el Foro Social Mundial de este año hubo 50.000 personas, frente a las 15.000 de enero del 2001. En la cumbre de la Unión Europea, en marzo de este año en Barcelona, hubo 300.000 manifestantes, una protesta mucho más numerosa que la de Génova. Hay mucho trabajo que hacer antes de que volvamos a la situación en la que estábamos antes de septiembre, pero hay varios indicios de que el movimiento está en vías de retomar una postura combativa. Un ejemplo de ello es que, cuando Estados Unidos envió tropas a Filipinas en enero, hicimos un llamamiento a la gente a participar en una misión de paz internacional y conseguimos tantos voluntarios que fuimos capaces de organizar una investigación de gran alcance: ir a Basilan, estudiar la situación, hablar con la gente –incluidos los estadounidenses– y volver con un informe crítico que fue vilipendiado por el gobierno filipino y se convirtió en todo un tema dentro de la política del archipiélago. Se trata de un caso de gente que había estado preocupada por cuestiones de comercio y que desplazó su atención hacia cuestiones más generales ligadas a la seguridad. El europarlamentario Matti Wuori, que fue a Basilan, es un antiguo director de Greenpeace; éstos son el tipo de lazos y de transformaciones que se están construyendo.

Tú haces referencia con frecuencia a la política de clase, algo no tan común en el movimiento antiglobalización. ¿De dónde crees que proviene hoy tu tradición política?

Diría que he sido un pragmático y que he trabajado con todo lo que parecía útil para la tarea que tuviera entre manos. Esto incluye, obviamente, el arsenal teórico del marxismo. Pero ya no me llamaría leninista, porque considero que la crisis que padecieron las sociedades comunistas estaba relacionada con el carácter elitista de las organizaciones de vanguardia leninistas. Es posible comprender las razones históricas por las cuales aparecieron, en situaciones represivas, pero cuando se hacen permanentes y desarrollan justificaciones teóricas para su falta de democracia interna, pueden convertirse en una fuerza realmente negativa. Me he sentido atraído por aspectos del nuevo movimiento –su forma descentralizada, sus fuertes impulsos antiburocráticos y su modo de tratar las ideas de la democracia directa, en el espíritu de Rousseau–, ya lo calificaremos de anarquismo o no. Con todo, en la fase actual, creo que la contribución más valiosa del movimiento es su crítica de la globalización impulsada por las corporaciones, más que el modelo que ofrece para reunirse y tomar decisiones. Pero existe, actualmente, una crisis global de la demo-

cracia representativa en todo Occidente, así como en países como Filipinas. El movimiento representa, de hecho, una alternativa en este sentido. ¿Puede funcionar la democracia directa? Lo hizo en Seattle y en Génova; así que deberíamos preguntarnos cómo podemos seguir desarrollándola. ¿Cómo podríamos –detesto utilizar la palabra– institucionalizar métodos de gobierno democrático directo?*

* Los textos anteriores de esta serie han sido: Naomi Klein, «Reclamemos los bienes comunales» (*NLR* 9); John Sellers, «Armando jaleo» (*NLR* 10); José Bové, «¿Una internacional de agricultores?» (*NLR* 12); David Graeber, «Los nuevos anarquistas» (*NLR* 13); Michael Hardt, «Porto Alegre, ¿la Conferencia de Bandung de nuestros días?» (*NLR* 14); y João Pedro Stedile, «Batallones sin tierra» (*NLR* 15).